



# VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura com a "Honoris Causa" per  
la Universitat de València a Manuel  
Alvar López

Laudatio

València, 1 de febrer de 1985



## LAUDATIO MANUEL ALVAR *per Àngel Lòpez*

Excmo. y Magfco. Sr. Rector,  
Excmo. Sr. Director General de Universidades, li  
Ilmas. Autoridades.

Queridos colegas, señoras y señores:

La investidura de una personalidad académica como doctor honoris causa tiene algo de conclusivo, de satisfacción de una vieja deuda contraída por toda una sociedad, y en su nombre por su comunidad científica representativa, con el homenajeado. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, junto al reconocimiento de los muchos méritos científicos de D. Manuel Alvar, el acto que celebramos hoy tiene además, o así me lo parece, un significado subsidiario de signo contrario, de apertura y no de cierre, de aurora luminosa, más que de atardecer apacible.

Manuel Alvar nació, cierto, en Benicarló el 8 de julio de 1923. Y desde entonces este valenciano ha hecho tantas cosas, y las ha hecho tan bien, que sólo la mención de sus títulos y condecoraciones académicas ocupa tres densas páginas en el homenaje universitario que recientemente se le ha dedicado: catedrático sucesivamente de tres universidades españolas y de otras tantas extranjeras, académico de la lengua, doctor honoris causa por instituciones universitarias de Europa y América, presidente de la Societé de Linguistique Romana, director de varias revistas más que acreditadas entre los filólogos, maestro indiscutible de una legión de lingüistas que ya es necesario clasificar en tres generaciones como mínimo, tantas y tantas cosas.

Sin embargo todo esto es mirar hacia atrás, hacia el pasado. Pero en el caso de Manuel Alvar la contemplación de lo que fue, por rico y granado que ello sea, y en su caso lo es en grado sumo, casi resulta un sarcasmo, una tergiversación grave del personaje. Porque Manuel Alvar también ha sido el primero en introducir los nuevos métodos informáticos entre nosotros, o el iniciador de la sociolingüística que supo aplicar métodos estrictamente sociológicos al estudio de las variaciones idiomáticas, o el decidido paladín de un concepto diferente de la literatura medieval, o el propugnador de la teoría lingüística de las regiones.

De modo que el padrino de tamaña personalidad lo tiene difícil, muy difícil, y sirva ello de excusa por los inevitables meandros del discurso que sigue: ¿qué estoy haciendo aquí ante ustedes, cumplimentando al viejo maestro, o defendiendo a este joven rebelde llamado Alvar que arrambla con convenciones y rutinas y modifica radicalmente los paradigmas, en el sentido kuhniano, de nuestra disciplina? Posiblemente ambas cosas a la vez.

Pero es que, además, en este atormentado País Valenciano que lucha por recuperar sus señas de identidad, es urgente recordar que desde 1238 nos movemos en una doble perspectiva poblacional y cultural, la catalana y la aragonesa, y que casi todo lo que sabemos de la segunda se lo debemos, ejemplarmente, a este valenciano investido de aragonés que es Manuel Alvar.



Decía nuestro llorado Manuel Sanchis Guarner en la exhortación cívica que preside su conocido trabajo «Per a una caracterització valenciana» lo siguiente: «El Regne de València tingué, doncs, una dicotomia estructural de catalans i aragonesos, de burgesia i aristocràcia, d'urbanisme i ruralia...». Y mucho tiempo antes, en la dedicatoria del *Libro de San Juan Clímaco*, publicado en 1565, fray Luis de Granada comparaba las modalidades valenciana y aragonesa, estimándolas similares, en los siguientes términos: «De las quales traslaciones la una es también antigua, y tan antigua que apenas se entiende y la otra es muy nueva, hecha por un aragonés o valenciano, la qual no es menos oscura y difícil que la pasada, assí por la dificultad del libro como por muchos vocablos que tiene peregrinos y extranjeros».

Y, en efecto, en las comarcas interiores del País Valenciano se usan muchos vocablos peregrinos, los mismos que afloran en distintas zonas de Aragón y que hoy podemos rastrear gracias a los desvelos de Manuel Alvar. Si la lingüística catalana es actualmente lo que es gracias a dos valencianos, Sanchis Guarner y Germà Colon, la aragonesa se lo debe todo o casi todo a otro valenciano, Manuel Alvar.

Y es bueno que así sea porque, en uno y otro caso, en el del presidente de la Associació Internacional de l,engua i Literatura Catalanes, al que honrábamos aquí hace apenas dos meses, y en el del director del Archivo de Filología Aragonesa, que tengo el honor de presentar hoy, concurre un mismo amor por su tierra natal, por las raíces que la definen, manifestado de la única manera que cumple a un científico, con obras que son amores y no buenas razones.

He hablado antes de la reiterada ruptura de paradigmas científicos por parte de Manuel Alvar. Sin embargo, yo no quisiera romper aquí el habitual marco retórico de este tipo de actos, pese a lo entrañable del que ahora celebramos, así que me ceñiré en lo sucesivo a la estricta remembranza cronológica de la labor científica de Alvar. Y si, con la de grandes cosas que ha hecho en tan poco tiempo —quinientos trabajos, cien de ellos libros, en sólo treinta y cinco años de docencia— ustedes sacan la impresión de que al archivero de Benicarló le bailaban un tanto los números, yo les aseguro que no sólo se equivocan, sino que además forzosamente me dejo bastantes títulos en el tintero.

Para entender el sentido de la labor científica de Manuel Alvar cuando inicia su carrera profesional allá por los años cuarenta, hay que hacerse cargo de cuál era el panorama, desolador panorama, de la filología española Exiliados los promotores del Centro de Estudios Históricos, o, como en el caso de Sanchis Guarner y del propio Rafael Lapesa, dificultados en sus tareas por una política torpe y represiva era necesario que las nuevas generaciones recogiesen el testigo y reemprendiesen el A.L.P.I., el cual, como tantas otras cosas, había truncado la contienda fraterna.

En el caso del dominio lingüístico aragonés las dificultades eran considerables porque tan apenas si se contaba con algún estudio de Navarro Tomás, de Kuhn o de Saroihandy y con una documentación amorosamente recogida por eruditos locales, pero difícilmente utilizable con fines científicos. En realidad había que hacerlo todo, o casi todo.



Y Manuel Alvar lo hizo: él estudió los estratos idiomáticos más antiguos en su *Toponimia del alto valle del río Aragón*; o la lengua viva en *El habla del campo de Jaca*; o la frontera con los dominios lingüísticos hermanos, el euskérico en »Palabras y cosas en la Aézcoa» y «El habla de Oroz-Betelu», y el catalán en «Catalán y aragonés en las regiones fronterizas» y «Dos cortes sincrónicos en el habla de Graus»; o la lengua antigua en sus «Grafías navarro-aragonesas» y en la *Noticia lingüística del Libro Verde de Aragón*; o la del periodo barroco en *Estudios sobre el Octavario de doña Ana Abarca de Bolea*.

La magnitud de la tarea desarrollada era tal que en 1953 todo esto podrá cuajar en lo que parecía imposible, un libro de conjunto titulado *El dialecto aragonés*. Aun hoy, cuando el que les habla acepta alguna tesis de licenciatura sobre las hablas interiores del País Valenciano, sobre Segorbe o sobre Villar del Arzobispo, su primer consejo es inevitablemente: lea Vd. los trabajos de Alvar; después ya hablaremos.

Con todo, un verdadero científico no puede contentarse con lo específico, aspira siempre a lo genérico, a la clase y no al individuo. Aquellos primitivos trabajos aragonesistas, que luego han continuado brillantemente T. Buesa y J. A. Frago, bastarían para justificar un acto como éste; sin embargo sólo constituyen una parte de la labor de Alvar. Y ello, a mi modo de ver, por dos razones: porque al emprenderlos se suscitaba un delicado problema empírico relativo al dominio de estudio; y porque simultáneamente lo alcanzado planteaba la cuestión epistemológica de cuál debía ser el método adecuado.

De esta tesitura se salió con un giro metodológico absolutamente revolucionario en el momento en que se produce: los Atlas, A. Quilis ha glosado la importancia de este vuelco en la biografía que le dedica: «Sobre todo, él sacó la dialectología del letargo en el que estaba sumida, inyectando en esta disciplina nueva y fecunda savia, al estudiar nuestras hablas desde dos enfoques diferentes; por un lado haciendo incidir los aspectos diastráticos a la par que las actitudes y comportamientos sociales en las monografías dialectales; por otro, iniciando la magna empresa de los Atlas lingüísticos por regiones, con cuestionarios finamente elaborados y un nuevo modo de hacer en geografía lingüística».

Y así es. Cuando en este país se quiere encomiar a un científico se destaca el hecho de que fue el primero en introducir tal o cual metodología que en el extranjero llevaba diez, veinte o cincuenta años en ejercicio. Pero en nuestro caso el mérito de Alvar es de otra naturaleza: si por una vez el meridiano de la filosofía llegó a pasar por España gracias a la labor señera de Ortega, hay que decir que también hubo un tiempo en que la dialectología europea miraba hacia nosotros y aprendía en las fuentes españolas. Claro que para que todo ello haya sido posible se conjugaron muchos factores difícilmente coincidentes: una capacidad de trabajo inusitada, una formación científica solidísima, unos discípulos valiosos y entusiastas, y sobre todo la obstinación - valenciana de la huerta o aragonesa del valle del Ebro, quién sabe- del padre de la criatura, Manuel Alvar.



Hasta entonces los atlas lingüísticos europeos habían procedido a investigar grandes territorios y a encajarlos en una malla inevitablemente poco densa: es el caso del A.L.F. de Gilliéron, del A.I.S., del propio A.L.P.I. que parte de las bases metodológicas sentadas por aquéllos. El mérito de Alvar estuvo en replantear la cuestión orientando la lingüística hacia los atlas regionales, al igual que había hecho Dauzat en el N.A.L.F., pero de forma que a la vez se incorporaban consideraciones *etnolingüísticas* afines a las de la escuela de Wörter und Sachen y se cimentaba el conjunto en un basamento metodológico estructuralista, el que pronto llevaría a la noción de plurisistematismo: «Is a structural dialectology possible?» se preguntaba Weinreich en un famoso artículo de la revista *Word* en 1954. La opinión científica internacional se mostraba escéptica: y sin embargo la respuesta afirmativa no tardaría en llegar, precisamente en forma contundente e incuestionable. Dos años antes M. Alvar había sentado las bases del proyecto en su *Cuestionario del Atlas Lingüístico de Andalucía*. En 1961 aparecía el primer tomo del A.L.E.A., grandioso trabajo que se alargaría durante seis volúmenes y en el que Alvar, Salvador y Llorente demostraban de manera indubitable cómo es posible una dialectología que se inserta en los problemas de la sociedad sin perder de vista el más estricto rigor formal que para un lingüista significa rigor estructural.

Y no sólo Andalucía: en 1975 se empezaba a publicar el Atlas Lingüístico y Etnológico de las Islas Canarias que alcanzaría tres volúmenes; en 1979 Alvar, Buesa y Llorente dan a luz el de Aragón, Navarra y Rioja con doce volúmenes en los que se incluyen varias localidades valencianas. Luego, en el mismo orden, vendrían los honores: el doctorado honoris causa por Granada, el título de hijo adoptivo de la isla canaria, la investidura en Valencia y, próximamente, en Zaragoza. Y es justo que así sea: los pueblos, a la larga, saben agradecer la labor de quien les ayuda a encontrar sus raíces o, como en el caso valenciano, una parte de las mismas.

Sin embargo al científico le preocupan además otras cosas. Y así en los Atlas de Alvar, junto a una riquísima colección de materiales, llamaban la atención dos novedades metodológicas, antes aludidas, a las que el propio encuestador dedicaría pronto sendos libros: *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual* de 1969 y *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria* de 1972. El primero plantea las relaciones entre estructuralismo y dialectología; el segundo es ya un clásico de la sociolingüística en el que se postula la sociolingüística urbana porque, como dice el propio Alvar, «nunca en mayor medida que en las grandes aglomeraciones humanas se puede comprobar el intercambio entre los distintos niveles y la búsqueda de una cierta uniformidad en la estructura total del sistema, por más que haya diversidad en cada estrato». Pero antes de llegar a este jalón metodológico hay una serie de trabajos menores por su extensión que lo van anunciando -el del polimorfismo en el habla de Sto. Tomás Ajusto, el titulado «Sociología en un microcosmos lingüístico»- que coinciden cronológicamente con los estudios de Labov en EE.UU p. ej. Nunca estuvimos tan en la onda y es bueno señalar que del justo orgullo que cumple a Alvar participamos todos.

Desde entonces, más o menos cuando el que les habla empezó sus estudios universitarios, la condición puntera de los trabajos de Alvar no ha decaído jamás y con ellas la apertura de horizontes de que hablaba antes. Los que por entonces estudiábamos lingüística formal sabíamos que en cuestiones de gramática había un antes y un después, un distribucionalismo y una gramática generativa.



En cuestiones de lingüística empírica no: el antes -la dialectología rural- se llamaba Alvar, y el ahora -la dialectología urbana y la sociolingüística- seguía llamándose Alvar. Y pronto nos acostumbramos a que el mañana apuntase bajo el mismo nombre: en 1979 se publica «Del glosario al diccionario automatizado», en 1980 «Automatización de Atlas lingüísticos», en 1982 las «Ideas para un diccionario automatizado».

Los grandes maestros lo son de varias generaciones, y es ya un tópico insistir en ello. Pero en el caso de Alvar lo curioso no es sólo que haya servido de guía epistemológico a varias generaciones: es que por sus trabajos, ya que no por su edad, pertenece a varias de ellas. Pertenece incluso a alguna posterior a la de quien les habla, de forma que por momentos uno no sabe si estamos invistiendo un doctor honoris causa o un doctor a secas, de los que, más jóvenes que el ponente, rompen con los viejos moldes mentales y pasan de doctorandos a doctores.

Pero un lingüista es necesariamente un humanista. Es imposible ocuparse de una lengua, de varias lenguas, de la lengua en general, sin que uno se vea implicado al punto en preocupaciones sociales y compromisos colectivos. En el caso de nuestro homenajeado esto es evidente. Fue precisamente en Valencia donde vio la luz su ensayo *España y América cara a cara* en 1975. En él se plantea ideológicamente algo que venía siendo habitual en su trayectoria profesional y a lo que no habíamos aludido hasta el momento, la preocupación por los temas americanos: por entonces ya había publicado el estudio sobre el del español de Yucatán, el de Juan de Castellanos, etc; luego vendría el de Colón, el de la gramática de Bernardo de Lugo, los estudios sobre la Amazonia colombiana, las encuestas guatemaltecas o dominicanas y tantos otros.

En este desgraciado país que no sólo no sabe ser digno del continente que ha alumbrado, sino que ni siquiera es capaz de ordenar convivencialmente su propia casa, es necesario que hombres como Alvar le recuerden una y otra vez cuáles son las raíces de su cultura y que la misma, o se propaga hacia la doble dimensión atlántica y mediterránea que la ha forjado, o se anquilosará irremediabilmente. La mediterránea, he aquí otra dimensión de Manuel Alvar, nada sorprendente en un valenciano por cierto: de 1977 es *Terminología marinera del Mediterráneo*, de 1972 el *Atlas lingüístico de los marineros peninsulares*; por esas fechas presidiría el Congreso Internacional de Estudios Lingüísticos del Mediterráneo.

Hay muchas más cosas, ya lo advertí: desde *El dialecto riojano hasta la Morfología histórica del español*, pasando por *El español de Tenerife* o la *Teoría lingüística de las regiones*. Mas el tiempo se acaba y mis compañeros de literatura pueden pensar que les estoy hurtando el personaje. No andarían descaminados, por cierto. En el caso de Manuel Alvar sucede que aunque los lingüistas pretendemos ignorar su amplia trayectoria como erudito y crítico literario, la riqueza de matices de la misma y su significado histórico-cultural harían de esta ya de por sí pobre presentación, un remedo paupérrimo. Digamos, no obstante, en descargo del presentador, que la comunidad profesional de los lingüistas se siente celosamente depositaria del magisterio de Alvar y se resiste a compartirlo con nadie.



Pero aun así, ¿cómo no mencionar, siquiera sea de pasada, las magistrales ediciones críticas del *Libro de Sta. María Egipciaca*, del *Libre dels tres Reys d'Orient*, del *Libro de Apolonio*, del *Cancionero de Estúñiga*, o sus estudios sobre el Romancero, sobre Bernal Díaz del Castillo, sobre Delmira Agustini, sobre Rubén Darío, sobre Galdós, sobre Unamuno, sobre Machado, sobre Guillén, sobre -y he aquí nuevamente la sorpresa- la técnica cinematográfica en la novela actual. No hay género ni siglo de la literatura en lengua castellana en el que la referencia a Manuel Alvar no resulte inexcusable. Y no sólo de la castellana: porque también ha trabajado, claro, sobre Ausiàs March, o sobre las maqamas andalusíes, o...

Hace poco veía la luz un libro autobiográfico, *El envés de la hoja*, en el que se evidencia la calidad humana del personaje. Manuel Alvar, un sólido científico, un portentoso erudito, pero sobre todo un hombre honesto de talante liberal. Y sólo así es posible entender muchas otras cosas a que no me he referido todavía: por ejemplo que haya dedicado páginas y páginas a rastrear las huellas de una minoría marginada, la de los sefarditas expulsados de España en 1492, a cuya casta pertenecía el propio Luis Vives que hoy nos mira desde el claustro de este Rectorado; o, por ejemplo, también, que su ideología lingüística se resume en el título de un bello libro recientemente publicado, *La lengua como libertad*; e incluso, por qué no, que sea un buen poeta, con nueve poemarios y un Premio Nacional de Literatura a sus espaldas: al fin y al cabo esto no tiene nada sorprendente en una facultad como la mía, a partir de hoy la suya también, en la que profesores y alumnos garrapatean versos obstinadamente.

Lo dijo claramente nuestro inmortal poeta y lo mejor que puedo hacer es cederle la palabra a él y terminar así, con la voz de Ausiàs March, mi intervención:

«*Savis no són tots qui les qüestions  
determenar saben e dar consells  
.....  
Savi's aquell qui sap si consellar  
envers lo bé qui propi és o seu...»  
(XVI, XXXIV)*

Es evidente que Manuel Alvar pertenece a ambas clases de sabios, a los que pueden dar consejos y a los hombres honestos, y que la Universidad de Valencia se honra incorporándolo a los suyos.